

¿Es o no contagiosa la tisis?

J. Sauret Valet

Departamento de Neumología. Hospital de la Santa Creu i Sant Pau. Barcelona.

Cuando el 24 de marzo de 1882 Robert Koch comunicó que había conseguido identificar el agente causante de la tuberculosis, puso en marcha el comienzo del fin de una vieja polémica que duraba más de 100 años. De todas formas, el asunto iba para largo, pues todavía en 1906 hubo quien opinó que la enfermedad estaba producida por una sustancia necrosante, producto de la degeneración de determinadas células.

Tradicionalmente, los médicos estaban divididos en dos bandos: por un lado los contagionistas, es decir, los que creían firmemente que el morbo tísico se transmitía de unas personas a otras, y por otro los anticontagionistas, que negaban rotundamente esta posibilidad apoyándose en la hipótesis del factor hereditario, y todos, cuando se enzarzaban en discusiones, echaban mano de su dilatada experiencia clínica para probar la veracidad de las ideas. De hecho, había sido el pueblo con su tradicional sabiduría, fruto de la observación, quien dio la voz de alarma al constatar que los familiares y allegados de los tísicos contraían muchas veces la misma enfermedad, y ante tal evidencia algunas ciudades de Italia y España dictaron, en el siglo XVIII, medidas profilácticas ordenando la quema de ropas y mobiliario de los fallecidos por tisis, pues la idea general era que el contagio se producía a través de miasmas corrompidas eliminadas por el sudor de los enfermos, que persistían durante mucho tiempo adheridas a los vestidos, sábanas y muebles del dormitorio del finado.

Para comprender mejor el estado de la situación, transcribiré un artículo sobre este tema, publicado en el *Siglo Médico*, en 1857, y su inmediata réplica en la misma revista. Independientemente de lo divertidos que puedan parecer hoy los razonamientos y de la curiosidad de los casos aportados poseen, a mi modo de ver, un doble interés. Primero, porque no fue hasta 1865, es decir, 8 años más tarde, cuando Villemin consiguió demostrar la inoculabilidad de la tuberculosis en animales de experimentación, y en segundo lugar porque los autores no son clínicos famosos, sino médicos rurales que nos dan una valiosa información acerca de los conocimientos y de los problemas de la práctica diaria en aquella época.

11 de enero de 1857: ¿Es ó no contagiosa la tisis?
Dr. M. Benavente

Correspondencia: Dr. J. Sauret Valet.
Departamento de Neumología.
Hospital de la Santa Creu i Sant Pau.
San Antoni M.ª Claret, 167. 08025 Barcelona.

Recibido: 5-10-99; aceptado para su publicación: 19-10-99.
(Arch Bronconeumol 2000; 36: 159-161)

“Si es noble y digno de la prensa médica el ocuparse con predilección de todo aquello que tienda a evitar el desarrollo y la propagación de una enfermedad mortífera, mucho más debe serlo cuando se trate de la preservación de un padecimiento que, además de terminar casi siempre por la muerte, elige sus víctimas entre los individuos más bellos, afectuosos y simpáticos de la especie humana. En este caso se encuentra la tisis tuberculosa, enfermedad de todos los tiempos, climas y países, que hace sus principales estragos en la florida y lozana juventud, causando el espanto de las familias, y que se burla de todas cuantas tentativas hace el médico para detener su fatídica marcha, siendo tan funesta en sus resultados que se llega a negar su curabilidad; de modo que cuando un individuo se preserva de ella puede asegurarse que se le ha salvado la vida.

»¿Es contagiosa la tisis? El pueblo que guarda en depósito tradicional las verdades y los errores de nuestros antepasados, contestará afirmativamente a esta pregunta, refiriendo en apoyo de su creencia un sin número de hechos con todos los detalles de la autenticidad; los médicos, por el contrario, presentarán diversos argumentos, darán razones, aducirán hechos y evocarán autoridades para probar que los tubérculos no pueden transmitirse de un individuo a otro sino por la generalización, y para sostener sus opiniones defenderán, si lo creen necesario, que nuestro padre Adán murió de una afección tuberculosa. En este último concepto han escrito la mayor parte de los profesores franceses, cuyas obras sirven de texto en nuestras universidades, y en el mismo concepto escribieron a fines del siglo pasado algunos profesores españoles, dando lugar al abandono y al descuido con que se mira hoy un asunto higiénico de suma trascendencia.

D. Santiago García, médico de la Inclusa y colegio de la Paz de esta corte, condolido del terror y poco cariño con que se asistía a los tísicos, y persuadido de que los quintales de lana y las mantas que consumía todos los años el fuego, podían destinarse a objetos de utilidad pública, escribió una excelente Memoria que se imprimió el año de 1814, pronunciándose decididamente contra el contagio de la tisis. Cita este autor hechos muy curiosos, entre ellos el de un amigo suyo que, habiendo sido partidario del contagio, varió tan completamente de opinión, que no tuvo inconveniente en utilizar el sombrero de un sujeto que había muerto tísico; y otro de un ciego que, juzgándole afectado de este mal, fue colocado en el *amortajadero* (sala de tísicos), donde usó las ropas de los demás enfermos, y no solamente se libró del contagio, sino que salió de aquella mansión de desahuciados.

»Confieso francamente que al principio de mi práctica participaba de esta misma opinión, y con arreglo a ella procedía en las consultas que me hacían los parientes y deudos de los tísicos; pero algunos de esos acontecimientos desagradables que tan comunes son en el ejercicio de la profesión me han hecho dudar primeramente, inclinándose al contagio después de haber meditado sobre las observaciones siguientes:

»1.^a Silvestra..., de 42 años de edad, murió en Villa-rejo de Salvanés (todos los casos que cito han tenido lugar en este pueblo) extenuada por una calentura héctica dependiente de la supuración de ambos pulmones, complicada con hidropesía de las pleuras. Ocho días después de su muerte me preguntó su marido (Malmira) si podría acostarse sin peligro en la cama que había usado su mujer. Acuéstese V. descuidado, le contesté con todo el convencimiento de un acérrimo anticontagionista, que la tía Silvestra no ha fallecido de enfermedad contagiosa. Malmira gozaba entonces de buena salud. A los 15 o 20 días de dormir en la cama, notó que su apetito disminuía y que se debilitaba para el trabajo del campo; enflaqueció notablemente y fue acometido de una fiebre lenta que se exacerbaba por las noches. Todos cuantos auxilios empleaba para aliviarle eran inútiles, y aferrado en la idea de que la cama había sido la causa de su mal, y que yo tenía la culpa de todo, abrigó el proyecto de atentar contra mi vida cuando la suya estaba próxima a terminar. Murió, en efecto, con todos los síntomas de tisis, seis meses después que su mujer.

»2.^a Isidora..., de 34 años de edad, falleció a consecuencia de una tisis tuberculosa con los síntomas característicos de las cavernas. Su marido, Basilio Ragel, sano y robusto, que se había abstenido de dormir con ella en el último período de la enfermedad, hizo uso, después de haberme consultado, de los colchones de la cama en que había muerto su esposa, y a los pocos días se me presentó con inapetencia, mal gusto de boca, cansancio y fiebre lenta que se aumentaba por las tardes. Varió de cama inmediatamente para alejar todo recelo, y sometido a un régimen dietético severo pudo verse libre de la fiebre al cabo de dos meses y medio.

»3.^a María..., de 32 años de edad, sufrió, hallándose embarazada de seis meses, una pleuresía aguda del costado izquierdo que se resolvió incompletamente, persistiendo la tos y la dificultad de respirar hasta el momento del parto. Verificada esta función, hubo un ligero alivio; pero luego aparecieron todos los síntomas de la tuberculización pulmonal, que ocasionaron la muerte en el término de dos meses. Pedro Panadero, su marido, que vivía en la mayor indigencia, ya que no tenía más cama para descansar de las faenas del campo que la que había servido a la tísica, contrajo al mes de dormir en ella una calentura lenta, y murió cuatro meses después con los mismos síntomas que su desgraciada mujer.

»4.^a Angela Raboso, de 23 años de edad, experimentó en su primer embarazo diferentes afecciones, que se descuidaron por creerlas dependientes de la gestación. Durante el puerperio fue acometida de algunos accesos febriles, simulando el tipo intermitente, y algún tiempo después presentó bien pronunciados todos los síntomas de una tisis tuberculosa. Cuando ya no ofreció dudas el

diagnóstico, dejó de criar a su hija, y se encargó de la lactancia una joven robusta, que había disfrutado siempre de buena salud y que acababa de criar un niño de 13 meses. Esta nodriza daba de mamar a la niña tomándola de los brazos de su madre, que sudaba copiosamente. A los pocos días de haberse encargado de la lactancia empezó a sentirse indispuesta, enflaqueció, perdió el apetito y fue acometida de tos y fiebre lenta. La pobre decía que no tenía novedad; pero muy pronto aparecieron los fenómenos de una tisis tuberculosa que dió fin a su existencia, tres meses después de haber sucumbido la madre de la niña. (La niña que mamó de dos tísicas está sufriendo actualmente el vicio escrofuloso.)

»¿Qué debo pensar en vista de estos y otros hechos parecidos que he oído referir a prácticos dignos de fé? ¿Ha habido en todos estos casos una causal coincidencia, o es que los tísicos dejan en las ropas algún agente morboso capaz de transmitir su enfermedad? Creo que esto último es lo más probable, y si no vemos todos los días hechos que lo confirmen, es porque no sabemos el destino que se da a las ropas de los desgraciados tuberculosos.»

El Dr. Benavente obraba con prudencia y a punto estuvo de intuir la verdadera causa del contagio pero, como a tantos otros, no se le ocurrió pensar en la transmisión aerógena. Es curioso que en todos los casos que presenta es siempre la mujer la primera en enfermar, contagiando después al varón; quizá era por reminiscencias del pecado original... De cualquier forma, el atrevimiento de la teoría era insufrible, y la respuesta no se hizo esperar. Tardó sólo una semana en publicarse en la misma revista, firmada por el licenciado Matías López, de Brozas (Cáceres).

Brozas, a 18 de enero de 1857:

«Muévenme a estampar estas líneas las reflexiones que me ha sugerido la cuestión suscitada en el último número del *Siglo Médico* relativa al contagio de la afección pulmonal conocida bajo el nombre de tisis tuberculosa; no obstante de que debía arrojarme el fatídico título de semejante dolencia por resonar aún en mis oídos los tristes lamentos de personas para mí muy queridas, que fueron eternamente de mi lado separadas por su inflexible segur y en la edad más lozana de su vida. Pero... separemos la mente de tan téticas ideas, que harto atormentada está con las continuas y desgarradoras escenas que a cada paso le ofrece la actual sociedad; empleemos sí, su trabajo, siquiera por amor a la humanidad y a la benéfica ciencia que con orgullo profesamos, en contribuir, aunque sea con un pequeño quilate, a la dilucidación de un problema que tanto se roza con la terrible enfermedad que tan horriblemente y a malsalva diezma al género humano.

»Tranquilas estaban las conciencias de la mayor parte de los médicos por haber aconsejado a sus enfermos en estos últimos años la puerilidad y estravagancia que encerraban las medidas adoptadas por las reales ordenanzas que se publicaron en los años 1751 y 1752 de orden del monarca Fernando VI; bien convencidos tenían sus ánimos de que semejantes ridiculeces eran hijas nada más que de la época en que aparecieron; pero he aquí

que ahora vienen a hacerlos zozobrar las ideas verdaderas por nuestro ilustre compatriota el Sr. Benavente. Su intención no hay duda alguna de que es noble y digna de alabanza: pero ¿admite discusión la tal proposición?

»Procuremos analizar, hasta donde podamos, los hechos en que se fundan los que pretenden que el contagio desempeña un importante papel en la propagación de la tisis: en auxilio nuestro vendrán los poderosos recursos con que hoy cuentan las ciencias llamadas de pura observación.

»Todas las observaciones que cita son relativas a enfermos que, o bien habían dormido en la cama donde sucumbieran los desgraciados tuberculosos, o habían usado sus ropas de vestir; quienes habían lactado a mujeres tísicas, quienes habían cohabitado con ellas, o quienes, por fin, habían permanecido constantemente en las habitaciones destinadas a los pacientes. Con ingenuidad deseo que se me responda ahora: ¿estas causas y estos hechos aislados, recogidos siempre con suma prevención de ánimo, son de por sí suficientes y abonados para quedar plenamente satisfecha la imaginación del que trata de inquirir la verdadera causa productora de las afecciones contagiosas? En contraposición de esto nos dice con su acostumbrada elocuencia el célebre José Frank: 'en nuestros brazos han espirado centenares de tuberculosos; nos hemos acercado a otros mil sin ninguna precaución; los enfermeros en los grandes hospitales asisten noche y día a estos enfermos, sin estar más espuestos a las afecciones del pulmón que los demás, y no obstante, nada, nada, nada de transmisibilidad; luego...'

»Para esos entes ilusorios que en su cerebro se forman los contagionistas ¿no tendrá a veces una parte el espíritu de sistema, o el falso argumento *post hoc ergo propter hoc*? ¿No están muy discordes los autores acerca de la genuina acepción que debe tener la palabra contagio? ¿A qué persona sensata se le oculta la fatal traslación hereditaria de los gérmenes mórbidos? ¿Qué observador, por poco escrupuloso que sea, no ha notado que lo que en tiempos era tenido por contagio en la tisis, es hoy día hijo de innumerables causas, debidas a los felices descubrimientos que las ciencias físicas y químicas han hecho con sus detenidos y profundos análisis?

»Desengañémonos: más valiera que los ingenios se dedicaran a otra clase de indagaciones, y a fé que en ellas encontrarían la transmisión de semejante enfermedad. Más beneficios reportaría a la generación presente, si parasen su atención en los perniciosos efectos que está produciendo la hoy tan ponderada civilización; aquí sí que encontrarían el móvil de las desenfrenadas pasiones a que tan precozmente se entrega nuestra juventud, ansiosa siempre de placeres; a su vista saltarían las deformes organizaciones, especialmente en el bello sexo, originadas por la pésima construcción de los vestidos, e hijas de la irresistible moda, que cual una tiranuela de este modo subyuga a la débil y veleidosa humanidad.

»Predilección merecen también por cierto el estudio detenido de los climas, de la temperatura de las aguas, y quien sabe si aun la... vacuna, como últimamente se ha pretendido.

»La facilidad con que al parecer de algunos se repiten hoy día los casos de tisis, disminuiría bien pronto si se observasen ciertas reglas higiénicas, y nuestro méto-

do fuese más frugal. He dicho al aparecer de algunos, porque yo no veo tanta frecuencia en estos acontecimientos, dependiendo esto, a mi modo de ver, en la confusión y mezcla que se hace de las dolencias, y sobre todo si son crónicas: ¿pues no vemos por el vulgo confundidos muchos de estos afectos, que ni la más mínima semejanza tienen con la tuberculosis? Es tal la costumbre que en la actualidad tienen las gentes (por lo menos por este país) de ver tísicos por doquier, que basta de Fulano o Zutano haga tres o cuatro meses que está enfermo, para bautizarlos con tal fatal vocablo ¡Hasta dónde puede llegar el error y la manía de imitar!

»Concluamos pues:

»A la altura que se encuentran en la actualidad los conocimientos médicos, es inadmisibles la teoría del contagio tubérculo-pulmonal. Si nuevos y concluyentes hechos no vienen a robustecer la opinión de los que lo sostienen, prosigamos la ruta que hoy nos tienen trazada los autores que del tema tratan, dando prudentes y sanos consejos a los desdichados que acerca de él nos consulten, no descuidando, por supuesto, hacerles las advertencias más idóneas para el uso de vestidos y demás enseres que hayan estado al servicio postrero de estos infelices. Esto, además de no demostrar por sí solo la sospecha más remota de contagio, es aplicable por lo tanto a toda clase de afecciones crónicas, suficientes ellas solas a desarrollar una atmósfera general o local deletérea.

»Supongo que mis lectores disimularán el no haber usado de más latitud en la aducción de más pruebas que las ya referidas para el sostenimiento de mi débil opinión, al considerar que escribo un artículo de periódico y no otra cosa; sin embargo, es materia que muy de antemano la tengo ya pensada, y para su comprobación conservo algunos apuntes a ella relativos, entre los varios manuscritos que en mis ratos de ocio he sacado de mi práctica, para algún día quizá atreverme a publicar la topografía médica de esta villa".

Mucha elocuencia, poca reflexión y, a diferencia de las consideraciones del Dr. M. Benavente, basadas en la observación clínica personal, ausencia absoluta de argumentos científicos o experimentales en el discurso del Dr. M. López. Pero no debemos juzgarlo con excesivo rigor, pues en realidad no hacía más que expresar unas ideas compartidas por muchos en aquella época. Pensemos que dentro de 100 o de 150 años, si alguien tiene la curiosidad de indagar en lo que a finales del siglo XX se publicaba en las revistas médicas más prestigiosas, es posible que también esboce una sonrisa de suficiencia o una mueca de estupor ante teorías que ahora nos parecen verdades irrefutables y dogmas indiscutibles.

BIBLIOGRAFÍA GENERAL

- Benavente M. ¿Es ó no contagiosa la tisis? El Siglo Médico 1857; 158: 9-10.
 López M. Más sobre el contagio de la tisis tuberculosa. El Siglo Médico 1857; 160: 27-28.
 Piéry M, Roshem J. Histoire de la Tuberculose. París: G Doin & Cie. ed., 1931.
 Sauret Valet J. La tuberculosis a través de la historia. Madrid: Rayma ed., 1990.